

PILAR CAGIAO VILA, AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS y MARCO ANTONIO LANDAVAZO (coords.), *Diplomacia cultural y soft power en las relaciones entre España y Latinoamérica en el periodo de Entreguerras*, México, Tirant Humanidades, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2024, 433 pp. ISBN 978-84-1183-167-3

En las últimas décadas el estudio de la diplomacia cultural constituye uno de los campos que reviste mayor interés en la investigación historiográfica de las relaciones internacionales, antes concentrada primordialmente en temas militares, económicos o políticos. Y es que, a partir del siglo xx, los países han considerado a las relaciones culturales como componente sustancial de su política exterior, para la cooperación cultural, educativa y científica, así como estrategia oficial legitimadora que provee reconocimiento, sólida presencia internacional y “lustre” a través de la proyección del patrimonio tangible, intangible, la producción intelectual y artística.

Aunque el término política cultural fue acuñado en la segunda mitad del siglo xx, su instrumentación, a través de la diplomacia como “poder blando” –y estratégico– se fraguó desde finales del siglo xix. Dado su particular carácter atractivo logró visibilizarse como piedra angular de la llamada diplomacia pública en el periodo de entreguerras. Desde diversas perspectivas de análisis, este libro, coordinado por Pilar Caglio Vila, Agustín Sánchez Andrés y Marco Antonio Landavazo, nos revela el proceso de la diplomacia cultural como recurso de poder utilizado por diversos gobiernos latinoamericanos para normalizar las relaciones bilaterales y reforzar los vínculos político-culturales con España, una vez que, tras los complejos procesos independentistas, comenzaron a regularizarse las relaciones comerciales y migratorias en las primeras décadas del siglo xx.

Cada uno de los 12 capítulos que lo integran aporta una perspectiva a la visión global de la diplomacia cultural entre la antigua metrópoli y Latinoamérica en un momento histórico particular en el que la imagen de España hacia el exterior se encontraba menguada como potencia

político militar y económica tras la guerra hispano-norteamericana de 1898; a la vez que América Latina comenzaba a resentir la escalada de las políticas intervencionistas de Estados Unidos.

El libro se divide en dos partes, la primera se compone de seis capítulos que muestran el amplio espectro de las relaciones diplomáticas en el periodo estudiado por medio de personajes trascendentes en el ejercicio de la diplomacia cultural. Las tres primeras colaboraciones abordan relaciones bilaterales entre España y algunos países latinoamericanos; Perú, en el caso del capítulo de Ascensión Martínez Rianza; Uruguay, en el de Pilar Cagiao Vila. Por su parte, el caso de México, es presentado por Agustín Sánchez Andrés y Marco Antonio Landavazo. Desde estos primeros capítulos es notable el énfasis puesto por los distintos autores en la labor cumplida por personajes relevantes de la intelectualidad y del mundo de las letras y el arte; no profesionales de la diplomacia cultural, pero *de facto* artífices de ella, ejerciendo de cónsules en las legaciones correspondientes, de agentes culturales en el servicio exterior o desempeñando un papel trascendental en el reforzamiento de las relaciones diplomáticas. Fueron ellos motor para generar redes de cooperación, promover el pensamiento hispanoamericanista, y realizar, en síntesis, estrategias de *soft power*.

Sirva de ejemplo el capítulo de Sánchez Andrés y Landavazo, que aborda a tres destacados escritores e intelectuales con papeles determinantes para las prósperas relaciones bilaterales México-España. El primero de ellos, Vicente Riva Palacio, operador cultural por una década del régimen porfirista en España; sustituido luego por el poeta Francisco Asís de Icaza, quien replicaría la labor durante el gobierno huertista; y finalmente Enrique González Martínez, fundamental para lograr la difusión y propaganda en España de una imagen positiva del gobierno mexicano posrevolucionario en el periodo de entreguerras.

Posteriormente, el análisis del desempeño de determinados intelectuales, literatos o artistas, pero desde la perspectiva de una diplomacia “informal” o no oficial, puede encontrarse en el capítulo de Dulce Pérez Aguirre; en él destaca el papel de David Alfaro Siqueiros, quien, como parte de las Brigadas Internacionales de apoyo al bando republicano, fue partícipe en la Guerra Civil española, pero también enlace con el presidente Lázaro Cárdenas para la gestión de apoyo militar y

del exilio. También nos habla de la labor de propaganda antifascista realizada por la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) a través de sus órganos de difusión.

Por su parte, Palmira Vélez realiza un recuento extenso de las instituciones, asociaciones, universidades y personajes que, por medio de actividades académicas como cátedras, congresos o publicaciones, realizaron un trabajo de divulgación del americanismo español.

Así como la primera parte del libro se centra en la acción de diversos personajes en la diplomacia cultural, la segunda, conformada por otros seis capítulos, analiza el pensamiento y los debates intelectuales vinculados al desarrollo del movimiento ideológico y cultural hispanoamericano desarrollado de los dos lados del Atlántico, para construir un clima de opinión favorable y estrechar lazos entre España y las repúblicas. En un contexto de coexistencia de la hispanofobia presente desde el XIX con nuevas corrientes nacidas a la par del siglo XX que buscaban forjar una identidad propia, como el arielismo de José Enrique Rodó, el indigenismo socialista de José Carlos Mariátegui; y, desde luego, la tendencia panamericanista con supremacía estadounidense que constituyó una amenaza expansionista para los países latinoamericanos; el hispanoamericanismo se hizo presente en la diplomacia cultural como frente de defensa para la histórica relación de la antigua metrópoli con las repúblicas latinoamericanas.

Los debates sobre el tema son puestos sobre la mesa en los capítulos de Manuel Andrés García, Carlos Sola Ayape, María Luisa Candau Chacón, Alberto Enríquez Perea, Alicia Gil Lázaro y José Luis Caño Ortigosa y Edgardo Darío López Villagra.

A su turno, los diversos autores analizan la defensa de este movimiento llevado a cabo mediante múltiples acciones de *soft power* que permitieron una propaganda en prensa, publicaciones literarias y encuentros, así como estrechas colaboraciones y vínculos entre académicos y escritores de ambos lados del océano; tal es el caso de la fructífera relación entre el mexicano Alfonso Reyes y el español Juan Ramón Jiménez, que devino en la publicación de la revista *Índice* en la década de 1920, abordada en el capítulo de Alberto Enríquez Perea.

Como culmen de acciones de *soft power*, y mencionadas en varios de los capítulos, están las realizadas hacia el final del régimen de

Primo de Rivera: la Exposición Internacional de Barcelona y la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, donde se lucieron los avances tecnológicos y en materia de educación, arte y cultura de las distintas naciones; además de situar estratégicamente a España como centro de la comunidad hispanoamericana. Incluso, en el artículo de Carlos Sola, se resalta la tendencia de la hispanofilia contrapuesta a la yanquifobia en intelectuales de la época, como es el del caso del michoacano José Elguero.

Cabe destacar que en varios de los capítulos el tema de la participación de las mujeres en el mundo intelectual y cultural se torna fundamental y posibilita la aproximación a este ámbito de estudio no muy atendido por la historiografía sobre relaciones internacionales. En esa línea, en la primera parte del libro, se aprecia el abordaje de Rosario Márquez Macías sobre la incorporación de las mujeres al mundo intelectual español en los inicios del siglo xx, donde se visibiliza su importante papel en la divulgación cultural y generación de redes con América Latina. En la segunda parte, María Luisa Candau Chacón hace un recuento del trabajo de la escritora y periodista española Emilia Serrano “Baronesa de Wilson”, sobre su labor en defensa de las mujeres y divulgación de las literatas latinoamericanas.

Otro estudio que sin duda resulta original es el explorado por José Luis Caño y Edgardo Darío López sobre el fenómeno social y cultural ocurrido en el nordeste argentino en el periodo de entreguerras; una región que, guardando distancia de la evolución histórica y económica del resto argentino, se decantó por conservar sus propios modelos más bien alejados de los europeos.

Para concluir, este libro constituye un aporte bien ensamblado sobre las distintas perspectivas metodológicas desde las cuales es posible aproximarse al análisis de la diplomacia cultural como herramienta de *soft power*: redes intelectuales, prensa, actividades académicas y artísticas, instituciones, exposiciones, etcétera.

En ese sentido, le otorga a la diplomacia cultural un lugar como área de estudio por derecho propio que no puede dejarse de lado a la hora de estudiar las relaciones diplomáticas. Demuestra, además, que la relevancia de la diplomacia cultural no ha sido limitada, sino un área de influencia, en ocasiones crucial, para la construcción de lazos y de

RESEÑAS

una política de cooperación generadora de ambientes propicios que permiten influir en el ejercicio de otros fines diplomáticos, lo cual abre, sin duda, nuevas interrogantes y caminos para la reflexión.

Rosanna Cedeño Méndez

*Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*